

## DEVOCIONARIO ANDALUZ

## REYNALDO FERNANDEZ

## «En España los intelectuales no le han hecho caso a la música»

JUAN MARIA RODRIGUEZ

SEVILLA.— Reynaldo Fernández Manzano (Granada, 1959), director del Centro de Documentación Musical de Andalucía —en realidad, lo entangarilló él, cuando el patrimonio musical en España era una quimera de polvorientos legajos amontonados en las iglesias sin ningún valor ni prestigio— y del incipiente Festival de Música Española de Cádiz, otra perla de esa clase de obvias perogrulladas —un escaparate para nuestra música, antigua y contemporánea— que, sin embargo, a nadie se le había ocurrido antes.

Por un lado, tenemos al Reynaldo estudioso, al entusiasta que toca Ligetti al órgano en iglesias de Granada, al medio moro entusiasmado con todo lo arábigo. Y luego está el otro, aquel Reynaldo Fernández que pasó por la Consejería de Cultura y fue concejal en Granada: el raro y efímero, un poco pillado a contrapelo de sí mismo y que jura que no volverá a encarnar nunca.

**Respuesta.**— Yo llegué a la música por el entorno familiar. Mi padre era escritor, mi hermana Azucena era pianista y directora de orquesta. No creas, era una familia muy normalita, lo que pasa es que tenía muchas inquietudes y, claro, con 7 u 8 años pues tú haces aquello que te inducen. Empecé piano y violín, pero lo que más me marcó fue que me dieron una beca para estudiar en París con Rafael Puyana, el gran clavecinista español. Con él aprendí muchísimo. Recuerdo trabajar hasta el día de Nochevieja. Puyana no me cobraba y hasta me dejó un clave para llevarme a mi apartamento.

**Pregunta.**— Es hermosa esa anécdota que cuentas de Puyana —por otra parte, un pionero del clave en España— porque ilustra mucho sobre la leyenda de la solidaridad entre los músicos.

**R.**— Es una leyenda cierta. Sus alumnos entrábamos en su casa, oíamos sus discos, tocábamos sus claves, tenía una colección enorme. En aquella época me interesaban la música antigua y la contemporánea. ¡Acabé en la medieval! Entonces en los conservatorios, y todavía ahora, la formación era muy mala, pero hay excepciones como la del departamento de música antigua de Sevilla que ha dado unos frutos magníficos.

**P.**— ¿Los conservatorios siguen siendo esos anticuados paquidermos?

**R.**— Hay magníficos profesionales en ellos, pero son una enseñanza que hay que actualizar. Yo creo que deben formar parte de la universidad. Pero mi experiencia fue muy agradable: estábamos pocos, los profesores eran muy mayores. ¡Nos daban caramelos! Fíjate que hasta Cuarto de Armonía estuve solo. Entonces la música no interesaba.

**P.**— ¿Por qué no te desarrollaste como intérprete?

**R.**— Yo toco Renacimiento, Barroco español, contemporáneo y el órgano hispánico. Pero a mí me atraía más la investigación: a los 18 años gané concursos cuando estaba muy obsesionado con las nuevas matemáticas. Desarrollé un método de pedagogía musical basado en las funciones, los conjuntos. Me interesé por la música y los ordenadores.

**P.**— Ahora está de moda enfatizar que la música de Bach, por ejemplo, son puras matemáticas. ¿No es una simplificación?

**R.**— La música tiene una parte de azar, espontánea, emocional, pero también es verdad que las matemáticas están explicando ya los procesos no regulares y de ahí están las músicas de variables aleatorias. Bach no



Reynaldo Fernández, en el Centro de Documentación Musical de la Junta de Andalucía en Granada. / PACO AYALA

«Tuvimos un Renacimiento y un Barroco muy ricos en música eclesiástica, pero la Desamortización impidió a las iglesias mantener sus capillas musicales»

«En España todavía hay comunidades sin centros de este tipo. Gracias a nuestro convenio con la Iglesia hemos preservado el patrimonio microfilmándolo»

«Nunca he tenido vocación política. No, no soy político. Soy un técnico. La gestión pública es desesperante. Un poco volviendo siempre a empezar. Muy frustrante»

era un mero matemático.

**P.**— ¿Y qué tienen que ver las matemáticas con tu interés, muy primerizo entonces en España, por las músicas de Al-Andalus?

**R.**— La descubrí por los discos. Hice Historia Medieval, estudié árabe —lo traduzco con diccionario, pero no lo hablo bien— y, claro, tengo la ventaja del aspecto. Es una música preciosa en la que queda mucho por hacer y que, lamentablemente, no ha llegado al público medio.

**P.**— ¿Cómo explicabas la gran heca-

tombe de la música española posterior al Barroco?

**R.**— Tuvimos un Renacimiento y un Barroco muy ricos en música eclesiástica, pero la Desamortización impidió a las iglesias mantener sus capillas musicales. Fue un lujo que, por motivos económicos, no se pudo permitir. A partir del siglo XX lo único que hay es voluntarismo.

**P.**— La secularización tampoco ha ayudado mucho, ¿no?

**R.**— Es cierto que, con eso de acercar la Iglesia al pueblo, han pro-

liferado grupos de música moderna que yo no veo mal, pero que ocupan un espacio que no debe quitarle el suyo al gregoriano, al órgano. La situación actual de las iglesias es que o no funciona el órgano, o no hay organista.

**P.**— Tu tocas el órgano voluntaria y periódicamente en una iglesia de Granada. Y allí, entre rezos, haces sonar a Ligetti. ¿Cómo se lo toman los feligreses?

**R.**— Ligetti, Schönberg, Messiaen, que además transmite religiosidad, cuadran muy bien. Como Castillo, García Román o Verdú. La gente se puede extrañar un poco, es cierto, pero hay que habituarla.

**P.**— Este centro nació en 1987. Visto desde hoy, parece inconcebible que, hasta entonces, no tuviéramos nada en patrimonio musical.

**R.**— No, no lo teníamos. Aquí empecé tan solo que hasta yo busqué el edificio. Por entonces sólo había investigadores particulares, pero eso era así en toda España. Todavía hoy hay comunidades sin centros de este tipo porque este país se incorporó a estos asuntos muy tardíamente. Gracias a nuestro convenio con la Iglesia Católica hemos preservado el patrimonio y lo hemos microfilmado, lo cual no es poca cosa teniendo en

cuenta que hay libros de facistol que pesan 40 o 50 kilos y que para manejarlos había que desmontarlos de sus vitrinas. Somos la única comunidad que ha microfilmado esos fondos y hemos publicado en catálogo los de todas las catedrales, excepto Córdoba. Gracias a eso han emergido De la Puente, Blasco de Nebra, Olallo de Morales, también grabados en disco.

**P.**— ¿Por qué la música no figura entre los valores de la identidad cultural? En realidad, es un problema educativo, ¿no?

**R.**— España ha hecho grandes esfuerzos en educación, pero todavía falta mucho. Que los niños aprendan un poco de teatro y de música es una asignatura pendiente, sí.

**P.**— Dos de tus pasiones —la música antigua y la contemporánea— parecen antagónicas, pero ambas pasan por ser rotundamente modernas. ¿Cuál es el nexo de músicas tan distanciadas?

**R.**— Por una parte, la audiencia se ha alejado de la sensibilidad romántica y ambas músicas comparten cuestiones de espacialidad, de improvisación, ambas desarrollan músicas sobre otras músicas, que es un concepto muy barroco. Es verdad que la experimentación de las vanguardias resultó un tanto dura. Pero, felizmente, desde Berio la música contemporánea se ha liberado de la necesidad de lo rupturista y agresivo.

**P.**— Diriges el incipiente Festival de Música Española de Cádiz que resuelve otra anomalía: ¡Hasta hace dos años la música española no tenía un festival propio!

**R.**— Pues no lo había, no, y eso es un poquito raro, sí. El Festival nos permite poner música de recuperación y otra internacional basada en España como fuente de inspiración, que lo ha sido mucho: fuimos puerta del mundo exótico o tenemos poetas como Lorca o Alberti muy musicalizados. Si no había un festival así antes también es porque aquí, los intelectuales no le han hecho caso a la música. Es un tema de falta de formación: aquí un crío sólo hace música si sus padres hacen un esfuerzo. Pero en Alemania no es así.

**P.**— El apogeo —con tantas sombras— del programa sinfónico andaluz tiene un lunar incomprensible: la audiencia de cada ciudad con orquesta no puede escuchar a las orquestas de las otras ciudades andaluzas. No hay intercambio.

**R.**— Los intercambios son muy positivos y en Cádiz tratamos de hacerlos. En ese sentido, Cádiz es un escaparate.

**P.**— Fuiste director general en la Consejería de Cultura y concejal en el Ayuntamiento de Granada, pero la verdad es que cuesta aceptar ese perfil político tuyo. Quiero decir —es un piropo— que no parece político. Sin embargo, ejerció. ¿Por qué?

**R.**— Yo nunca he tenido una vocación política. No, no soy político. Soy un técnico. Fui director general de Instituciones del Patrimonio y concejal de Juventud y Patrimonio —menos mal que no me cayó Deportes, de lo que no sé nada!— y lo que hice fue volcarme en la formación. La gestión pública es desesperante, un poco estar siempre volviendo a empezar. Muy frustrante.

**P.**— Yo me refería a una aparente contradicción del carácter.

**R.**— Claro, es que la política no se me da bien. Soy discolor —alguna vez voté con IU— y eso hacía que yo fuera un político un poco raro. No, no volveré a la política. Mi plaza está aquí. Hay un gran ambiente y ésta es mi vocación.